



D. MIGUEL DE UNAMUNO HA SIDO DESTERRADO

Su situación frente al Directorio Militar

A las noticias que en los últimos días venían anunciando síntomas de intranquilidad política en ciertos sectores de la opinión pública española, se agrega ahora la que consignamos en esta edición y que se refiere, de un lado, al destierro impuesto a nuestro eminente colaborador D. Miguel de Unamuno y a D. Rodrigo Soriano, y de otro, a la posible clausura y ocupación militar del Ateneo de Madrid. Esto querría decir que el camino que se ha trazado el Directorio para realizar su plan de reformas administrativas y políticas no aparece ya tan limpio de dificultades como en los primeros meses de actuación dictatorial y que la actitud de ciertos elementos políticos conduce ya, en el criterio de los generales que gobiernan, a probables y más extensas inquietudes del país.

Es evidente que la censura sobre las noticias de prensa, que cada vez ejerce con más rigor el Directorio, no permite darse cuenta clara de la verdadera situación política española, y que no hay por lo tanto un criterio exacto que aplicar oportunamente a medidas de esta naturaleza; pero también es evidente que estas medidas, por sí solas, tienden a dar verosimilitud a los rumores que atribuyen anomalías fundamentales en el proceso gubernativo. Si en los primeros meses de actuación el Directorio pudo gobernar sin acudir a tales extremos de violencia, es claro que en aquel entonces su asiento en la opinión era más efectivo y dilatado de lo que hoy es.

Tres causas principales pueden tomarse, filosóficamente, como engendradoras de los posibles desasosiegos así demostrados. La primera y de carácter más general, es el fracaso de las radicales aspiraciones del pueblo español respecto del gobierno definitivo de Tánger, fracaso que ha sido más ruidoso para el Directorio por la circunstancia de haber constituido su primera empresa diplomática, su estreno en materias trascendentales de gobierno, su hora grave en la que tenía que actuar provocando la comparación con la forma en que actuaran en tópicos semejantes los gobernantes civiles del régimen derrocado. La segunda razón de aquel desmedro habrá que encontrarla en las perturbaciones de carácter personal sobrevinidas en la alta oficialidad del Ejército con motivo de la necesidad de llevar adelante los procesos judiciales contra los militares comprometidos en el desastre de Annual, perturbaciones que han llegado a plasmarse recientemente en noticias acerca de rivalidades y entredichos entre unos y otros generales. Y la tercera razón fundamental estaría en el desgaste, que podríamos llamar fisiológico, de una promesa formal que perdura y no tiende a realizarse tan rápidamente como sería menester. El Directorio prometió demasiado tal vez al encarar el poder, prometió la vuelta a la normalidad en un brevísimo período, y, aunque no dudamos de que su buena intención se ha puesto con frecuencia de manifiesto, lo cierto es que el optimismo del primer arranque hizo brotar en la conciencia española esperanzas que el transcurso más o menos ocioso del tiempo se encarga de ir maltratando o desvaneciendo, principalmente en los espíritus de mayor vehemencia patriótica.

Las medidas de fuerza tomadas ahora han de tener mundial repercusión. Es tan universalmente conocida la figura de D. Miguel de Unamuno, maestro envejecido en el estudio y la polémica, hombre de conciencia libre y de arrebatado espíritu luchador, que no se puede dejar de pensar que el Directorio ha de haber meditado mucho antes de decidirse a arremeter contra tan ilustre adversario.

D. Miguel de Unamuno ocupa en España y en América una elevada situación intelectual y desarrolla sus personales puntos de vista filosóficos y sociales entre la afectuosa atención de un gran público. Siempre batalló infatigable contra los Gobiernos civiles anteriores sin que se le pueda acusar de haber confundido sus rudas doctrinas con sus inclinaciones personales: antes bien, en varias ocasiones dió prueba de su despego por los intereses y los hombres aceptando, y aun quizá provocando, procesamientos que le dieron singular prestancia. Su oposición al Directorio no es, por lo tanto, sino la continuación de su obra doctrinaria de crítica, desenfadada y violenta, pero autorizada por su sinceridad y amparada por su indudable patriotismo. En este mismo número de LA NACION publicamos un artículo suyo, que es el primero de la campaña que sólo ahora, después de tres meses de expectativa, iniciaba contra los nuevos gobernantes de su país; en él puede encontrarse tal vez el lector la clave de lo que iba a ser esa campaña y del efecto que otras manifestaciones de ella habrán tenido en la opinión española.

D. Rodrigo Soriano, el otro personaje desterrado hoy por el Directorio, es el famoso diputado republicano que tan ruidosa actuación tuvo en los Congresos de hace diez años y en sus campañas ardorosas en pro de la república y en contra de los elementos conservadores del Gobierno.

